

noce a fondo la teoría literaria—aparte de algunas teorías estilísticas, que a veces da la impresión de quererlas asimilar a toda la teoría literaria—, y que da la impresión de hablar desde una manifiesta superioridad de la lingüística sobre la teoría literaria. No hay ninguna referencia a la teoría del texto, a la estética de la recepción, o a todo el conjunto de problemas de los que se hace cargo la pragmática. Las relaciones entre teoría literaria y lingüística en estas corrientes son mucho más equilibradas. De este desconocimiento deriva, según mi opinión, el carácter impresionista de la «ciencia literaria» que Mounin propone en los capítulos X y XI y que ya se ha discutido extensamente antes. Esta «ciencia» no pasa de ser una serie de consejos sobre la *lectura*.

Quizá sea afirmar demasiado, pero ¿no es perceptible también un punto de esnobismo, tan criticado por Mounin, en la forma de utilizar la palabra «lectura» como lema que divide cada una de las partes del conjunto de los trabajos?

No quiero terminar sin referirme a un detalle de la traducción que habría que corregir. Se trata de la sistemática utilización de *estar* para traducir el francés *être* cuando va con el adjetivo *conscient*. Dos ejemplos: «A pesar de todo, Riffaterre *está* consciente de esta exigencia» (pág. 78, n. 32); «basta de hecho con que *estemos* conscientes de la animalidad» (pág. 85). En estos casos, y en algunos más que hay en el libro, pienso que hay que traducir por las formas correspondientes del verbo *ser*.

José DOMÍNGUEZ CAPARRÓS

THIVEL, A.: *Cnide et Cos? Essai sur les doctrines médicales dans la collection hippocratique*, París, Les Belles Lettres, 1981, 437 págs.

El autor, bien conocido entre los estudiosos de los tratados hipocráticos por sus trabajos sobre los *perissómata*; lo divino en la Colección Hipocrática; las estaciones y fiebres, etc., aborda en esta tesis, leída en la Sorbona y publicada bajo los auspicios de la Universidad de Niza, un asunto tan crucial como es la existencia, o no, de escritos cnidos o coicos dentro de la Colección Hipocrática.

A exponer de modo sucinto y claro toda la cuestión se dedica el autor en el capítulo I (*¿Cnido y Cos? El problema metodológico*, páginas 18-151), donde pasa revista a diversos problemas de cronología; al diagnóstico y pronóstico; a la evolución interna de las escuelas médicas; a la teoría de los géneros médicos, según lo que se desprende del estudio de las *Epidemias*, etcétera. Se detiene, por ejemplo, en el antiguo y acertado criterio cronológico, según el cual los tratados que ven en los latidos del corazón o de los vasos sanguíneos un hecho patológico son más antiguos que aquellos otros en donde las pulsaciones son tenidas por una realidad fisiológica sin más. Así, pues, habida cuenta de que es Herófilo el primero en distinguir las venas de las arterias, en cuanto éstas tienen las paredes más espesas que aquéllas, son las que laten, y sus latidos proceden del corazón, puede afirmarse que los escritos hipocráticos donde se tiene al pulso por algo normal, no patológico, han de corresponder a la segunda mitad del siglo IV o comienzos del III antes de Cristo, lo más temprano.

Otras veces, los criterios internos

no siempre llevan a conclusiones firmes en cuanto a la cronología se refiere, como viene demostrado por tratados como *Sobre las semanas* y *Sobre la dieta*, entre varios otros, donde la fecha de composición es asunto bastante debatido.

Si prescindimos de ciertos postulados apriorísticos formulados en el siglo pasado y sostenidos, en buena medida, hasta hoy por bastantes especialistas de renombre a la hora de dividir los escritos hipocráticos en cnidios y coicos, tendríamos que concluir, de ceñirnos a los datos facilitados por el propio conjunto de tratados hipocráticos, que sólo es cnidio el escrito que está en íntima relación y dependencia con las *Sentencias cnidias* (perdidas para nosotros), especialmente en lo referente a la división de las enfermedades y al esquema seguido en la exposición de las mismas: síntomas-pronóstico-terapéutica, dejando aparte otros hechos estilísticos como el uso repetido del asíndeton y la aparición de numerosas fórmulas de transición. Claro que, de aplicar este método estricto, nos quedamos sin ningún tratado de clara filiación cnidia. Así, pues, los estudiosos del tema, especialmente H. Grensemann (*Knidische Medizin. I Die Testimonien zur ältesten knidischen Lehre. Analysen knidischer Schriften im Corpus Hippocraticum*, Berlin, 1975) y J. Jouanna (*Hippocrate. Pour une archéologie de l'école de Cnide*, Paris, 1974) se ven obligados a utilizar algunos criterios tradicionales para distinguir entre cnidios y coicos, si bien bajo nuevas perspectivas y con metodología diferente. Si Grensemann encuentra en *Sobre las enfermedades femeninas* una huella evidente de las Escuelas de Cnido, Cos y Sicilia, Jouanna, afirmando que en las *Sen-*

*tencias cnidias* no había parte alguna referente a la etiología de las enfermedades, llega a la conclusión de que en unos veinte o treinta años dentro del siglo V se pasa desde una medicina empírica a otra de corte racional.

En el capítulo II (*¿Cnido y Cos? El problema de los criterios*, páginas 152-287), Thivel insiste en la doctrina de las crisis; los signos pronósticos tal como eran usados entre los cnidios; la doctrina de los depósitos; la teoría de los días críticos; la doctrina referente a las estaciones del año; el principio de lo semejante y el de los contrarios; etcétera. Concluye en este apartado, esencial dentro del libro, que no basta con seguir como pauta la tradicional lista de enfermedades atribuida a la Escuela cnidia, sino que hay que partir de una comparación de contenidos de los tratados cnidios más antiguos (*Sobre las enfermedades II* y *Sobre las afecciones internas*) con tratados coicos relevantes (*Sobre los aires, aguas y lugares; Pronóstico; Sobre la dieta en las enfermedades agudas* y los siete libros de las *Epidemias*). A la medicina practicada y expuesta en tales obras es a la que, con todo derecho, hemos de llamar hipocrática, y fecharla entre los años 450 y 420 a. C., añadiendo que se practicaba en Cnido, Cos y en otros lugares.

Abordando los tratados hipocráticos con nuevos criterios de contenido, en estricta dependencia de los saberes y teorías de aquel momento histórico, resulta que, en varios escritos, aparecen postulados semejantes: la teoría de los contrarios; el pronóstico; la idea de los días críticos; la doctrina de las estaciones del año, edades de la vida y su relación con la práctica

y el decurso de las enfermedades; etcétera. A esta medicina puede llamársela, según Thivel, «jonía» o «antigua», para diferenciarla de otros tratados en que se da crédito al principio de los semejantes siguiendo teorías que fueran formuladas por Empédocles, los Eléatas y los Pitagóricos. Hay una serie de oposiciones entre tal medicina jonía o antigua y la siciliana o reciente. Para la primera, la digestión es un resultado de la cocción; no aparece todavía la teoría del pneuma; los humores son dos; prevalece el principio de los contrarios. Para la segunda, la digestión es producto de la putrefacción de los alimentos ingeridos; se aceptan los postulados pneumáticos; los humores son cuatro; predomina la teoría de los semejantes.

Y bien, se muestra insuficiente el criterio de calificar de «arcaica» la medicina de Cnido, pues en realidad los postulados de las estaciones y edades aparecen en tratados considerados unánimemente cnidios y coicos; y, de otra parte, la teoría de los días críticos, si bien con planteamientos diversos, halla acogida también en ambas Escuelas. Además, ciertos tratamientos tenidos por cnidios, como fumigaciones, administración de leche a los enfermos, cierto tipo de cauterización, etcétera, encuentran amplia y favorable acogida en tratados de indiscutida filiación coica. Quiere decir esto que tales prácticas son comunes a ambas Escuelas, o, en todo caso, restos de una medicina anterior, más empírica, pero aceptable entre los médicos más avanzados de la segunda mitad del siglo V antes de Cristo.

El capítulo III gira en torno a la unidad de la medicina griega anti-

gua y a la teoría de los humores (páginas 288-384). Se examina allí el sistema bipolar de los humores; el pneuma; los humores en la medicina jonía, en Egipto y en la India, y también en el tratado *Sobre la medicina antigua*; en Alcmeón, etcétera; las teorías del *Anónimo de Londres* al respecto; el sistema de los cuatro humores y la medicina de Jonia.

Sigue el libro con las conclusiones; índices: de obras consultadas, de personas, de cosas y general.

En resumen, el trabajo de Thivel es importante para un examen global de la *Colección hipocrática* tal como se nos muestra desde fines del siglo V, es decir, como resultado de un lento trabajo de elaboración colectiva en donde tienen cabida teorías y postulados procedentes de las fuentes más diversas. En tal sentido, es interesante destacar cómo los griegos, a diferencia de otros pueblos, consideran al hombre como inserto en su medio natural y sometido a las mismas leyes que dominan el mundo circundante. Precisamente, al examinar desde una perspectiva amplia el contenido de los escritos hipocráticos, concluye Thivel que es aventurado, al menos, la división tajante entre tratados de orientación cnidia y otros de clara filiación coica. Son, en efecto, muchas más las teorías, los principios y métodos que unen a esos tratados que los postulados que podrían diferenciarlos. Si examinamos los tratados hipocráticos dejando a un lado la oposición tajante y absoluta entre cnidios y coicos, podemos entender y explicarnos mucho mejor la presencia de teorías y principios procedentes de los Presocráticos en tratados como *Aforismos*, *Prenociones de Cos*, *Predicciones I*, *Sobre la dieta en las en-*

fermedades agudas, y en tantos otros.

Juan Antonio LÓPEZ FÉREZ

DUMINIL, M. P.: *Le sang, les vaisseaux, le coeur dans la Collection hippocratique. Anatomie et physiologie*, París, Les Belles Lettres, 1983, 352 págs.

Los médicos hipocráticos no practicaban la disección, y por ello sus conocimientos de anatomía y fisiología eran bastante rudimentarios. No obstante, encontramos en las páginas de la *Colección hipocrática* abundantes alusiones y observaciones respecto al interior del cuerpo humano. Hace unos años apareció el excelente estudio de C. R. S. Harris (*The heart and the vascular system in ancient greek Medicine*, Oxford, 1973), en donde se pasa revista al papel desempeñado por el corazón y los vasos sanguíneos en la medicina griega, desde sus primeros balbuceos hasta Galeno. Naturalmente, en un trabajo de tan amplio enfoque, no tienen cabida más que los textos esenciales en que tales conceptos aparecen, y no se habla del desarrollo y evolución de los mismos dentro de los textos hipocráticos.

Pues bien, el objetivo principal de la doctora Duminil es profundizar en tal terreno, ciñéndose al *Corpus Hippocraticum*, utilizando todos los textos en que aparecen, citados o comentados, la sangre, los vasos sanguíneos y el corazón, y, al tiempo, examinando la evolución dentro de los tratados hipocráticos de las teorías al respecto.

Realmente, el mayor problema a la hora de abordar un estudio tal es toparse en los escritos hipocrá-

ticos con gran diversidad de opiniones, contrapuestas entre sí en numerosas ocasiones, como cuadra a médicos que seguían, o preferían, teorías médicas de Escuelas distintas. Por otro lado, la orientación filosófica del autor de determinado tratado, o la fecha de composición de ciertos escritos, son puntos importantes muy dignos de consideración.

La anatomía de los vasos sanguíneos constituye la primera parte del trabajo que estudiamos (págs. 15-131). El médico hipocrático, siguiendo un proceso analógico, conjeturaba en muchas ocasiones los hechos internos a la vista de cómo sucedían los externos. Claro está, en el caso de los vasos sanguíneos tal proceder fue causa de notables errores, pues, por ejemplo, en los animales muertos por degollación, referencia que podía tener el médico avisado, los vasos están vacíos, toda vez que la sangre ha salido del cuerpo.

Salvadas las notables diferencias entre tratados, a juicio de los hipocráticos, el cuerpo humano resulta irrigado por vasos sanguíneos que constituyen una estructura compleja. No se distingue claramente entre venas y arterias, pues el término *phlébs* sirve para designar a cualquier vaso, sea cual fuere el contenido del mismo. Se habla de un gran vaso situado a la derecha del cuerpo (la vena cava), que se halla suspendido entre el corazón y el hígado; y de otro vaso importante, esta vez a la izquierda (la aorta), que mantiene en suspensión al corazón. El vocablo «arteria» *arteriē*) es polisémico, pues designa la tráquea y la aorta. Quizá, como la tráquea mantiene en suspensión al pulmón, al decir del médico hipocrático, puede explicarse aceptable-